

Las niñas malas no se visten de gala**



FOTO: DAVID LARA RAMOS



FOTO: DAVID LARA RAMOS

S

oy una niña mala. De esas que se acuestan a dormir muy tarde sin importar que al otro día tenga escuela. Que le encanta ver películas de terror y escuchar música extravagante. Soy perversa. No me gusta usar vestidos, son incómodos para jugar fútbol y detesto jugar con muñecas.

Me gusta comer muchos dulces hasta que me duela la panza y esconder en mi bolsillo las verduras de mi almuerzo sin que mamá lo note. Me encanta reírme a carcajadas cuando alguien mayor se cac al suelo frente a mí. Nunca los ayudo a ponerse de pie. Soy cruel. Disfruto partiéndole el corazón a los chicos, robarles un beso y hacerlos llorar por lo que creen que es amor, pero un día me lo partieron en añicos a mí.

Fue cuando me enamoré por primera vez, tenía alrededor de siete años y eso sí que fue amor. Era un hombre apuesto y encantador: mi padre. Se sabía los mejores cuentos de horror y me enseñaba a bailar Rock and Roll, me perdía en sus ojos negros y sus cabellos largos. Presumía de mi galán ante mis compañeras de clase, y hasta lo celaba con mi madre. Y es que las niñas malas también se enamoran.

Y lo hacemos hasta el punto de cegarnos, de querer reconciliarnos con el mundo y empezar a ser buenas. Recuerdo que en mi delirio de amor, hice un juramento con mi padre y era el de estar siempre juntos, uno al lado del otro, que por más que fuera traviesa y que lo años pasaran, seríamos los mismos. El tiempo pasó, yo cumplí mi promesa, pero él mintió y ahí fue cuando supe que es tener un corazón roto.

Ante todo mi padre era un hombre bueno. No merecía tener una niña mala como yo. Creo que por ello se fue tantas veces de la casa en los últimos años. Duraba largas temporadas en una clínica de reposo. Solo mamá lo visitaba. Decía que estaba superando una de sus crisis. Nunca supe que tenía. Tal vez se agotaba de mis travesuras, seguro era eso. Siempre fue mi culpa. La última vez que fue a ese hospital lo llevaban amarrado. Había roto todos los platos de la cocina sobre el piso. Decía que estaban manchados de sangre. Gritaba y ponía los ojos grandes. Mi mamá me agarró de la mano y me llevó donde la vecina de al frente, se veía desesperada, por mi parte no entendía nada, había lavado los platos del almuerzo y sabía que no estaban manchados de sangre. Había hecho algo mal. Era una niña mala.

Cuando sacaron a mi padre de la casa, lo vi por la ventana. Ese hombre que llevaban amordazado no era papá, él no era así. Su rostro se veía distorsionado, tenía el cabello despeinado, la lengua afuera como un perro jadeando y los ojos muy abiertos. Sentí miedo. Dos hombres que no conocía lo subieron a un auto blanco, mamá también subió. El carro aceleró y se marcharon. En la calle, varias personas salieron de sus casas para ver qué sucedía.

Semanas después, lo escuché por teléfono. Se oía ronco, pero dijo estar bien. Me habló dulcemente. Ya

no estaba histérico, prometió volver en un mes y afirmó que ya no se volvería a ir, que nuestro juramento seguía en pie, que ya estaba sano, que lo esperara y cuidara a mamá. Le confíe cómo lo extrañaba y le di mi palabra de esperar por él. Que a su regreso le haría una fiesta y me compraría un vestido de gala rosado, como el que usan las niñas buenas, muy fino, para darle la bienvenida, y bailaríamos juntos rock y así ya nunca se fuera. Una vez más cumplí mi parte, en cambio él nunca volvió para quedarse.

Lo trajeron en un ataúd. Me llevaron a verlo a una casa muy rara, con salones grandes, llenos de velas y sillas. Papá volvió muerto. Escuché la palabra suicidio, debe ser una enfermedad grave, aunque creo que no duele mucho, porque cuando lo observé

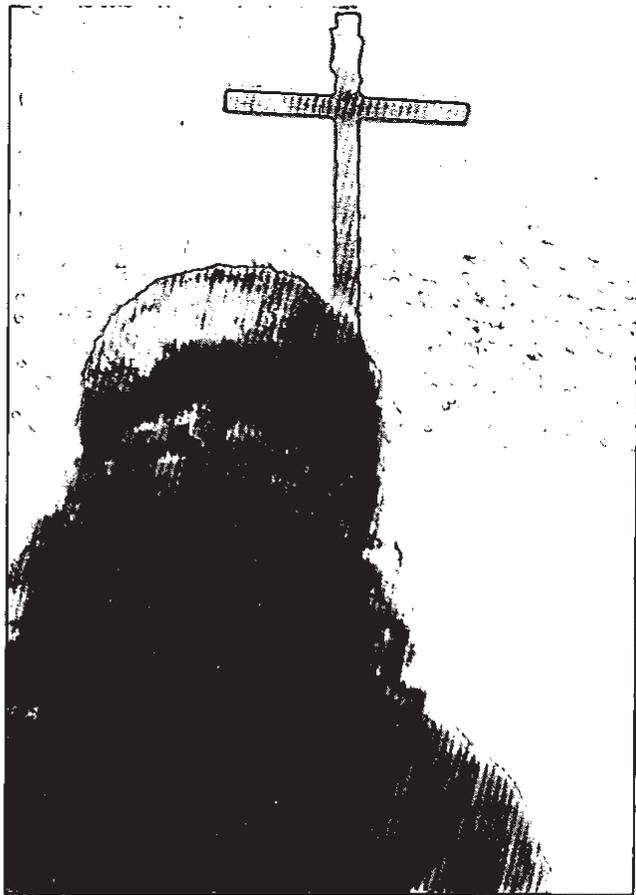


FOTO: DAVID LARA RAMOS

acostado en el féretro se veía tranquilo, con sus ojos cerrados y sus manos en el pecho parecía estar durmiendo una siesta. Estaba pálido y su rostro algo hinchado. Lo habían vestido muy elegante, tenía una camisa blanca y encima una chaqueta negra con pantalones del mismo color. Pensé en el calor que debía estar sintiendo. Porque uno nunca sabe y quizás los muertos si sienten. Tenía que empinar mis pies para verlo bien.

Lo mire hasta que mis pies se cansaron. Quería hablarle pero había un vidrio sobre su cuerpo, y dudé que así pudiera escucharme. Su cuerpo grande vestido de gala y esa extraña palidez en su piel le daban un aire mágico. Con un par de alas juro que habría podido volar.

Me senté en una silla al lado de mi madre. Se veía muy blanca, casi creí que ella era la muerta, tan callada, tan extraña. Solo lloraba, la abracé. A las dos se nos había ido el hombre que amábamos. Cada una lo quería de una manera diferente. Ella lo amó como mujer, con un afecto consagrado por los años, con paciencia, con deseo. El mío era un amor ingenuo. A mi padre le creía todo, que si la luna era de queso o que si comer berenjenas me haría volar, yo le creía. Así como creí en sus promesas, mi amor era ilimitado a pesar de sus ausencias y por eso me dolía tanto tener las manos vacías, aunque ninguna lágrima se derramará sobre mi rostro.

Muchas personas se nos acercaban, todas vestidas de negro o blanco como fichas de ajedrez. Sentía sus palabras lejanas, parecían ecos. No sé cuanto tiempo estuve allí, solo recuerdo las lágrimas de mamá, que olían a menta. Un señor mayor, que no conocía pero que tenía una cruz en su pecho, se me acercó, me

sugirió que me cambiara de ropa. Yo llevaba un suéter rojo, el color favorito de papá, pero él de seguro no lo sabía y quería uniformarme como el resto de las personas en ese salón, como esos que me miraban en silencio, los que murmuraban cosas, para todos no era más que una niña mala, la que no guardaba luto, la que no lloraba. Los adultos todo el tiempo hacen razonamientos y conclusiones por los actos de los demás. Qué aburridos suelen ser. La mejor mancha de no parecerme al mundo es dejar de razonar un poco, por eso sigo actuando como niña, aunque hace mucho haya dejado de serlo y aunque me pese tanto el tiempo.

Cuando me llevaron a casa, nada mejoró, allí también habían muchas fichas de ajedrez. Mi madre me llevó a la habitación y en un intento desesperado de hacerme dormir mientras me cantaba, empezó adormecerse en mi cama hasta cerrar los ojos y descansar. Yo me levanté del lecho y abrí el ropero. Allí estaba mi vestido de gala, tan perfecto, sedoso y con piedras brillantes. Ya nunca podría ponérmelo, ya no tendría fiesta, ya no existirían bailes de rock and roll y ya no podría ser una niña buena. Ya han pasado los años, y el vestido sigue allí intacto y nuevo. Ya no me queda, mi talla cambió, pero nunca intenté ponérmelo, porque las niñas malas no nos vestimos de gala.

*** Laura Barragán**

Estudiante V semestre de Comunicación Social, Universidad de Cartagena.

**** Cuento ganador de la convocatoria 2008 del Concurso de Cuento de la U. de Cartagena.**